

Presentación

Si desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, por lo menos, el humanismo gozó de un indiscutible prestigio universal, en el siglo XX ese prestigio comenzó a declinar hasta desembocar, en años recientes, en la crisis generalizada de ese concepto. Esa crisis proviene, en gran medida, de una sociedad cada vez más tecnificada y materialista en la que los “valores humanos”, si es que todavía persisten, causan al menos, en un sector cada vez mayoritario de la inteligencia, una franca hilaridad. La Razón Eficiente ha terminado por volver “ineficientes” ciertos valores que no pueden invertirse, que no rinden dividendos, que no acrecientan el capital. Pero habría también que señalar que, frente a la atomización de los saberes en la época contemporánea, el propio concepto de “hombre” o de “naturaleza humana”, que está en la base de todo humanismo, ha terminado también por atomizarse o disgregarse al grado de quedar relegado al olvido por no resultar operante para esos saberes. El hombre, hoy en día, ha perdido su definición universal para convertirse a lo sumo en el sujeto de ciencias particulares: la sociología, la economía, la cibernética, el psicoanálisis... que nos dan una cierta imagen –siempre parcial, restrictiva, fragmentaria– de ese sujeto que en algún momento fue concebido en su plenitud. No es nada probable que ese abigarrado rompecabezas, en el que ha quedado disgregada la imagen del hombre, logre armarse de nuevo alguna vez. Y quizá estemos condenados a la nostalgia de una imagen irrecuperable.

De cualquier forma, en este número hemos querido reunir diferentes voces que, desde perspectivas diversas, no sólo tratan de dar cuenta de esa crisis, sino también, y sobre todo, de las posibles opciones que se abren frente a ella. ◇

Agradecemos a la doctora Beatriz de la Fuente su colaboración para elaborar el presente número.